

Presentación

Con motivo de la conmemoración de los doscientos años del sitio de Tarifa por el ejército francés, *Al Qantir* edita esta monografía, donde se examina exhaustivamente lo ocurrido durante los meses finales del año 1811 y los primeros de 1812.

El autor no podía ser otro que Juan A. Patrón Sandoval, que durante años ha realizado una minuciosa investigación por archivos españoles, franceses e ingleses, consiguiendo una amplia documentación, que utiliza para darnos a conocer en detalle uno de los episodios más destacados de la historia de Tarifa.

Este es un libro doble. Se transcribe el diario de operaciones de la división al mando del general Copons, tal como fue editado en el año 1814 y escrito por Eugenio Iraurgi. Este interesante documento es la guía que sigue Patrón Sandoval para describir el sitio de Tarifa.

Esta monografía se completa con un conjunto de seis apéndices, donde se incluye la biografía del teniente general Francisco de Copons y una extensa y completa bibliografía.

La parte gráfica, compuesta por cincuenta y tres ilustraciones, es esencial en este libro. Localizar los originales y obtener las reproducciones también tiene la autoría de Juan Antonio Patrón.

La defensa de Tarifa durante la Guerra de la Independencia, no sólo viene a enriquecer la colección *Al Qantir*, sino que será un libro destacado en la historiografía sobre temas tarifeños.

Wenceslao Segura González
Director de *Al Qantir*

Introducción

La importancia de Tarifa en el contexto de la Guerra de la Independencia

Tarifa, situada en la costa sur de la península Ibérica entre las plazas fuertes de Cádiz y Gibraltar, en el punto más próximo a la costa norteafricana y enfrente de Tánger, por su ventajosa localización geoestratégica a la entrada del estrecho de Gibraltar, a la salida de las montañas de las sierras gaditana y de Ronda y en el extremo de la llanura del Salado, rica en ganado y en pastos, era de una importancia demasiado fácil de percibir como para no atraer durante la Guerra de la Independencia la atención de los españoles e ingleses, por un lado, pero también de los franceses, por el otro.

Los aliados tenían el mayor de los intereses en conservar este puerto, ya que la seguridad del comercio británico entre el Mediterráneo y el océano Atlántico dependía de ello, así como de que corsarios enemigos situados en Tarifa no interceptaran sus convoyes y los aprovisionamientos de víveres que la guarnición de Gibraltar se llevaba regularmente de Tánger. Los españoles, por el mismo lado, no tenían menos interés que los ingleses en conservar la plaza y las razones por las que interesaba mantenerla eran demasiado obvias:

- 1.- Por su puerto tenían salida los frutos de la fértil campiña tarifeña y se proveía un sin número de subsistencias y artículos de primera necesidad como carnes, tocino, grano, paja, etc... para el consumo de la plaza de Cádiz.
- 2.- Por Tarifa era por donde el gobierno de la Regencia mantenía la correspondencia más activa con las fuerzas de la serranía de Ronda y les enviaba armas y municiones, sirviendo de punto de apoyo y seguridad al flanco izquierdo del cuerpo español que operaba en el Campo de Gibraltar.
- 3.- Tarifa podía servir, además, de base de operaciones y punto de desembarco y ser el lugar desde donde podría salir cualquier empresa que se intentase por la espalda y contra la línea enemiga que bloqueaba la Isla de León, como se demostraría cuando la batalla de Chiclana en marzo de 1811.
- 4.- Por último, como ya se ha referido, conservando Tarifa también se evitaba que en su puerto pudieran abrigarse los corsarios franceses y, por tanto, que éstos pudieran infestar las aguas del estrecho de Gibraltar, interceptando el paso a los barcos mercantes, obligados a pasar muy cerca de la isla tarifeña.

Por el lado francés, desde la llegada del 1^{er} cuerpo de ejército frente a Cádiz a comienzos del mes de febrero de 1810, su comandante en jefe el mariscal Víctor, duque de Belluno, se dio cuenta igualmente de la importancia que tenía Tarifa para la continuidad de sus operaciones delante de la isla gaditana y para controlar la insurrección que estallaba poco después en las montañas de Ronda, Antequera y en el propio Campo de Gibraltar. Pese a ello, cuando los imperiales se acercaron por primera vez a Tarifa el 13 de febrero, su población se mostró inicialmente sumisa como único medio de salvaguardar sus vidas y haciendas y la plaza no fue ocupada. Sin embargo, a finales de aquel mismo mes estallaba la insurrección en la serranía y la población campogibraltareña se levantaba también en armas, saliendo derrotada el 14 de marzo siguiente cuando una importante reunión de patriotas se enfrentó a una columna francesa de infantería y caballería al mando del coronel Farine en el paso del Boquete de la torre de la Peña, en el término tarifeño. Tampoco entonces fue ocupada Tarifa, cuya defensa había sido descuidada en un primer momento por la Regencia, que no contaba con tropas regulares suficientes para guarnecer estos puntos, razón por la que en primera instancia los vecinos habían fingido prometer fidelidad al intruso rey José I.

Ocupada ya Ronda en el lado de Málaga por las tropas del 4^o cuerpo de ejército, adueñarse de Tarifa y de algunos otros puntos intermedios suponría para los franceses quitar a Cádiz los inmensos recursos de subsistencia que desde el puerto tarifeño se sacaba de todo el litoral, desde la desembocadura del río Barbate hasta Algeciras. Al mismo tiempo, quitarían a los aliados la única salida por la que podían, como también se ha referido, llegar con la artillería por la izquierda de la línea de sitio de Cádiz y desde donde podían atacarla por la retaguardia. Estas consideraciones, sobre las cuales al parecer insistió el mariscal Víctor varias veces, no decidieron sin embargo al comandante en jefe del ejército francés en Andalucía, el mariscal Soult, duque de Dalmacia, la ocupación de Tarifa; según el propio Víctor “probablemente porque razones poderosas obligaban a emplear las tropas en otros lugares”, como lo fueron las varias expediciones enviadas una y otra vez a las montañas de Ronda, sin otro resultado que intercambiar algunos tiros de fusil con los patriotas y las tropas españolas refugiadas en aquella serranía, cuya insurrección se había acrecentado y era alentada desde el gobierno de la Regencia.

Lo cierto es que, aún sin ocupar la plaza, eran constantes las correrías francesas a los campos de Tarifa, de donde extraían para el ejército de ocupación mucho trigo y ganado del que igualmente se aprovisionaba a Cádiz. Así fue que, después de enviar tropas a la isla gaditana y ocupar Ceuta para su defensa, tras recibir también la autorización de la Regencia para guarnecer

Tarifa, el teniente gobernador de Gibraltar, el general Colin Campbell, envió el 13 de abril un pequeño contingente de tropas de la guarnición gibraltareña para que ocuparan la plaza y su isla, con el objeto de mantener Tarifa bajo el pabellón español, a salvo de las rapiñas de los franceses y evitar que se convirtiera en un puesto permanente de tropas y embarcaciones corsarias enemigas.

En esto, tantas razones había expuesto Víctor sobre la necesidad de ocupar Tarifa que, ante los rumores de que la plaza iba a ser ocupada por los aliados, los franceses decidieron finalmente su ocupación y hacer de ella un lugar permanente de armas y puesto marítimo para un brigada francesa y una escuadra de cañoneras. Para verificarlo enviaron una columna de infantería y caballería, pero al acercarse el 21 de abril a los muros de la ciudad encontraron sus puertas cerradas, siendo rechazados por la guarnición británica recién llegada de Gibraltar y por los propios vecinos apostados desde la muralla. Viéndose obligados a retroceder y conscientes del refuerzo de tropas de que había sido objeto la plaza, los imperiales determinaron su ataque formal en el mes de mayo de 1810. Se encomendó entonces la operación al general de caballería Latour-Maubourg, quien, junto a las tropas de la reserva del general Maransin, debía partir contra Tarifa desde Medina Sidonia; sin embargo, las lluvias dieron al traste con la operación al impedir en esa ocasión llevar artillería delante de los débiles muros de la plaza, cuya guarnición británica había comenzado a poner ya en estado de defensa.

Suspendida aquella expedición, desde entonces, otras circunstancias y el transcurso de la guerra retrasarían las operaciones contra Tarifa hasta el mes de octubre de 1811. Ciertamente, Soult nunca había considerado este punto como una plaza capaz de una resistencia seria y tampoco había contemplado seriamente la posibilidad de conservarla una vez conquistada. De hecho, la voluntad firme de intentar su ocupación le llegó poco a poco y bajo la convicción de que cuando él la quisiera, no tendría más que tender la mano y tomar la ciudad, al igual que cuando afirmaba en sus memorias que “una operación de genio es un cálculo rápidamente hecho”.

Antecedentes del Sitio de Tarifa

Así, entendiendo el duque de Dalmacia que “el fin principal de los aliados era retrasar la reanudación del asedio de Cádiz” y ante la imposibilidad de hacerlo, decidió apoderarse de una vez de Tarifa, “que era el punto más favorable de la costa para recibir a los navíos de Marruecos”. Lo cierto es que para reanudar el asedio de Cádiz el 1^{er} cuerpo de ejército del mariscal Víctor tenía que mantener su izquierda tranquila y estando Tarifa en poder de los aliados seguía siendo muy útil a éstos como punto de desembarque, tanto

para actuar sobre las retaguardias francesas como para proteger los movimientos de las divisiones españolas del Campo de Gibraltar, cuya comandancia general estaba al mando desde comienzos del mes de septiembre de 1811 del ya célebre general Ballesteros, quien venía operando con acierto y sorprendiendo cada vez más a las columnas volantes y guarniciones francesas de las serranías gaditana y de Ronda. La posesión de Tarifa era así cada vez más decisiva y entre sus ventajas añadidas se encontraba también el privar a los aliados de su control sobre el paso marítimo del Estrecho y evitar que continuaran interceptando los convoyes de víveres que el ejército francés, amenazado por una total hambruna en Andalucía, se veía obligado a traer de las costas africanas. Estas razones decidieron finalmente al mariscal Soult a tomar la plaza de Tarifa por un golpe de mano, encargándose de dirigir esta operación el mariscal Víctor. Para llevarlo a cabo, en el mes de octubre, tropas de la reserva al mando de los generales Godinot y Barrois y del 1^{er} cuerpo al mando del general Sémellé fueron enviadas desde diferentes puntos con el fin de acabar con los españoles del general Ballesteros y de intentar la toma de Tarifa, que por aquel entonces sólo contaba con la corta guarnición británica destacada de Gibraltar.

Sin embargo, enterado el gobierno español de las pretensiones francesas, ordenó inmediatamente el envío a Tarifa de una división expedicionaria al mando del general D. Francisco de Copons y recabó también la ayuda del ejército británico, que colaboraría enviando una brigada comandada por el coronel Skerrett. Mientras tanto, los franceses habían obligado a Ballesteros a refugiarse con sus tropas bajo el cañón de Gibraltar y la columna de Sémellé se dirigía ya contra Tarifa, cuya guarnición sería reforzada a tiempo por los ingleses de Skerrett mientras que la flotilla que debía transportar a Copons veía impedida su llegada por el mal tiempo reinante.

Con todo, pese a que la realidad de los hechos fue que la flotilla que acababa de transportar a la brigada inglesa detuvo en el paso de la Torre de la Peña a la columna de Sémellé en su avance contra Tarifa y que el refuerzo británico alertó a los imperiales, según el mariscal Víctor iban a llegar frente a Tarifa cuando el general en jefe le avisó “que diversos movimientos del enemigo lo obligaban a volver a llamar a dos brigadas de las tropas de aprovisionamiento, una en Sevilla y la otra en la provincia de Málaga. Dadas estas nuevas instrucciones, hubo que renunciar por el momento a la expedición que la estación hubiese hecho que fuese sencilla entonces”. En efecto, en otra estación el asedio de Tarifa no hubiera sido una operación importante; de hecho, el propio Soult comentaría años más tarde que esta expedición de octubre, “conducida con rapidez, sería simple. Pero se perdió mucho tiempo. El enemigo, apercebido, pudo aumentar sus defensas y consiguió llegar a la

estación de las lluvias, que desencadenó los elementos contra nosotros”.

Así las cosas, el duque de Dalmacia se decidió a finales de noviembre a retomar las operaciones del sitio de Tarifa, ordenando esta vez al general Leval, comandante en jefe del 4º cuerpo de ejército, que desde la provincia de Málaga se dirigiese hacia San Roque para unirse a las tropas del 1º cuerpo que debían emplearse para ello. Reunidas las fuerzas de la expedición, mientras el mariscal Víctor establecía su cuartel general en el Santuario de la Luz, a escasos kilómetros de Tarifa, el general Leval con el grueso de las tropas de sitio se presentaría delante de la plaza el 19 de diciembre. Para el historiador militar francés Alphonse Grasset, en aquel momento “la suerte de Andalucía se jugaba bajo los muros de Tarifa”.

La plaza de Tarifa y su fortificación en 1811

Con todo, aunque la fortificación de Tarifa era respetable contra cualquier número de infantería y caballería, como se demostró ya en la primera defensa de la plaza en el mes de abril de 1810, y aún contra los cañones de corto calibre, propiamente hablando su resistencia resultaba nula contra la artillería gruesa y en virtud de ello no muy a propósito para que realmente pudiera esperarse una gran resistencia por parte de sus defensores. Las fortificaciones de la plaza se reducían, de hecho, a un simple muro antiguo de tapial, alto pero de corto espesor, con algunos torreones muy reducidos, sin terraplén, sin foso y sin obras avanzadas. Enfilados y dominados de frente, flanco y revés por los cerros inmediatos de las Tres Cruces, de la Caleta y del Camorro, los ruinosos muros del recinto medieval hacían que Tarifa no fuera susceptible, por tanto, de una larga defensa, de forma que consiguiendo llevar el enemigo artillería del calibre de a 12 ó 16, en pocas horas de fuego conseguiría demoler sus débiles parapetos y abrir cuantas brechas quisiera. Hasta tal punto era esa su apariencia que, algunos años más tarde, el viajero inglés Richard Ford todavía escribía sobre ellas que “las murallas en ruinas de Tarifa podrían ser echadas abajo con naranjas”. A ello se sumaba el que los defensores tampoco podían colocar artillería gruesa por la estrechez de sus torreones, de donde era fácil inferir por ambas partes la nulidad de la fortificación de esta mal llamada plaza.

Si aquello no fuera bastante, la localidad del terreno que la rodeaba y su barrio extramuros de San Sebastián daban facilidad a las tropas sitiadoras para aproximarse a cubierto de las salidas de la guarnición y de los fuegos de la ciudad, ofreciéndoles cobertura para establecer sus baterías de brecha a muy corta distancia de los muros, sin que la escasa artillería de los defensores pudiera impedirlo. No obstante, la ciudad únicamente podía ser atacada por el frente Norte, que miraba al referido barrio extramuros y al convento de

San Francisco, situado también fuera de las murallas, y por el Este, que miraba hacia los cerros de las Tres Cruces y el de la Caleta; es decir, sólo la mitad del perímetro podía ser amenazado, pues el que estaba hacia el mar era intocable gracias a las fuerzas marítimas aliadas y el que miraba hacia la llamada Huerta del Rey estaba defendido por los fuegos que se establecieran en el cerro de Santa Catalina y el frente de tierra de la isla.

Pese a ello, el que fuera jefe de Estado Mayor del general Copons, el brigadier Maupoey, al evaluar la fortificación de Tarifa aquel mes de diciembre concluiría que “jamás Tarifa podrá tener una fortificación que merezca un mediano concepto” y que la defensa de la ciudad era de muy pocos días si las fuerzas marítimas no podían colaborar con su artillería, que la guarnición y particularmente la caballería estaba expuesta a ser víctima del cañón enemigo si no se le proporcionaba tiempo oportuno para reembarcarse y que la verdadera defensa de Tarifa estaba en su isla, unida al continente por un arrecife artificial de escollera desde el año 1808 y donde debían continuarse las obras de fortificación iniciadas por la guarnición inglesa de la plaza.



Ilustración 1.- Vista de Tarifa desde el camino de Algeciras. En primer término la torre del Corchuelo. Fotografiado de 1927. Colección particular.

Repercusiones del fracaso francés frente a Tarifa

Lo cierto es que la expedición francesa enviada contra Tarifa, tan meticulosamente planeada y que tantos recursos movilizó desde comienzos del mes de noviembre, en la cual tomaron parte cerca de doce mil de los mejores soldados del imperio, resultó un fracaso completo frente a una fortaleza muy secundaria y a una guarnición de poco más de tres mil hombres, cuyos jefes

estaban lejos de entenderse entre sí. De considerable repercusión en el mediodía de España, la principal pérdida, más allá de las 450 bajas habidas en el cuerpo expedicionario francés, fue el número de enfermos, tan considerable que los regimientos empleados en el asedio de Tarifa, descorazonados y debilitados para un largo plazo, debieron ser dejados en la reserva y durante varias semanas sus hombres continuaron llenando los hospitales en las líneas, incapaces de seguir en el servicio activo. Hasta tal punto fue así, que el mismo Soult reconocería más tarde que fue como consecuencia de su expedición a Tarifa por lo que no pudo enviar ningún destacamento apreciable para ayudar al mariscal Suchet en el lado de Valencia. No fue menos importante la pérdida de prestigio, que superó con mucho a la de vidas humanas, pues el sitio sería levantado dejando frente a Tarifa casi todo el material de asedio y la moral de los sublevados estaba exultante por la retirada de una importante parte del ejército francés del Mediodía. El mismo general Copons, en su parte oficial del día 5 en el que anunciaba el levantamiento del sitio y el repliegue desordenado de los enemigos, se encargaría de poner como colofón del mismo que, en su apresurada retirada, “solo les acompañaba el honor perdido y las piezas de pequeño calibre”.

Como réplica al parte de Copons, por el lado francés, el mariscal Víctor apostillaría que “debía suponer dicho general que el no tomar la plaza no lo impidió él con sus maniobras, sino el cielo con las aguas”. Posteriormente, el mismo duque de Dalmacia referiría en sus memorias que todo se juntó para impedir las labores del sitio, refiriéndose con ello a las condiciones climatológicas verdaderamente abominables en las que se desarrolló y que contribuyeron grandemente al desastre francés de aquellas navidades de 1811. Sin embargo, perfecto conocedor del descrédito para las armas imperiales, inicialmente trató de justificar el fallo de la campaña y su fracaso ante Tarifa por los retrasos que se habían producido, con lo que venía una vez más a descargar su propia responsabilidad sobre el mariscal Víctor, que había asumido el mando directo sobre el propio terreno y quien, poco tiempo después, abandonaría el mando de su cuerpo de ejército frente a Cádiz, llamado por Napoleón para la campaña de Rusia.

No por ello el mariscal Soult renunció a la ocupación de Tarifa. Más aún, la conquista de la plaza se convirtió en una obsesión para él a partir de entonces. Así, a finales de enero de 1812 ya se anunciaba en el campo francés un nuevo intento contra Tarifa en la primavera, si la estación se presentaba poco lluviosa. Tres meses después del asedio, el duque de Dalmacia, demostrando que valía la pena arriesgarse, expresaba su convencimiento de que la toma de Tarifa sería más dañina para los ingleses y los defensores de Cádiz que la toma de Alicante o incluso de Badajoz, “donde no puedo ir sin prime-

ro asegurar mi izquierda y teniendo a Tarifa”.

Las fuentes secundarias: el tratamiento bibliográfico del Sitio de Tarifa

Ciertamente, aunque el temporal que azotó aquel mes de diciembre la región del Estrecho fue el principal responsable del fracaso napoleónico frente a las débiles murallas de Tarifa, no debe obviarse en ningún caso el mérito que cosecharon los aliados tras la exitosa defensa que hicieron de una plaza, sin resistencia posible y que, embestida por tropas que les cuadruplicaban en número, fue sitiada durante diecisiete días, siete de los cuales permaneció con la brecha abierta y practicable, habiendo rechazado el vigoroso asalto de la misma en la mañana del 31 de diciembre.

Así las cosas, en el estudio de la Guerra de la Independencia, aunque la bibliografía existente sobre el mismo es abundante, el Sitio y Defensa de Tarifa merece aún ser puesto de relieve en su justa medida, por su importancia histórica y por constituir este estrepitoso fracaso francés el punto de inflexión y el principio del fin del curso de la guerra, refrendado días más tarde con la ocupación de la plaza fuerte de Ciudad Rodrigo por las tropas aliadas del general Wellington. Tan es así que, aunque pueda parecer que son muy pocos los historiadores franceses que le han consagrado por lo general tan sólo algunas líneas, algunos como Jacques Belmas o Grasset sí le han dado su verdadera importancia, hasta el punto de que el primero le concede más espacio que al sitio francés de Cádiz, refiriendo sobre Tarifa que, por las fatigas, la miseria y las enfermedades, la expedición contra Tarifa fue “una de las más desgraciadas de la guerra de la Península”.

Para el periodista español afincado en Londres José M^a Blanco White, contemporáneo de los hechos, el pequeño sitio de Tarifa fue una de las acciones más plausibles de la guerra y demostraba lo que podía hacer el valor de las dos naciones aliadas cuando la intriga no inutilizaba sus esfuerzos. Por su parte, según el afamado historiador militar José Gómez de Arteche “no es posible mayor desastre que el de los franceses en el sitio de Tarifa” y, más recientemente, en palabras del también historiador militar Juan Priego López, el Sitio de Tarifa “constituye, en efecto, un acontecimiento de los más desgraciados de aquella lucha, si no el más lamentable”.

Para los historiadores británicos, por su lado, el Sitio de Tarifa constituyó también una de las páginas más gloriosas de la historia de la que para ellos es la Guerra de la Península, dedicándole de hecho una extensa bibliografía en la que, salvo honrosas excepciones, como es en el caso de los historiadores Charles Oman y John Fortescue, los españoles no reciben el mérito al que son acreedores en justicia. Tal es la importancia que el Sitio y Defensa de Tarifa

tuvo para las armas británicas, que llevaron al historiador John T. Jones a afirmar en su obra sobre los asedios protagonizados por el ejército británico en la Península que sería un acto de injusticia a los defensores de la plaza no dar cuenta del logro defensivo igualmente arduo alcanzado en Tarifa.

El diario de Iraurgui: la principal fuente primaria del Sitio de Tarifa

Sin duda, la principal fuente documental del lado español no es sino el diario de operaciones de la división expedicionaria que salió de Cádiz en el mes de octubre de 1811 al mando del general Copons y Navia y que, llevado desde su inicio por el comandante de ingenieros de la división, el teniente coronel Iraurgui, concluye en el mes de marzo de 1812, coincidiendo con el regreso de Copons a Cádiz tres meses después de haber defendido Tarifa. De hecho, este diario fue la principal prueba presentada por el general español en la sumaria información que pidió a la Regencia poco después y en la que solicitaba que por la gloriosa defensa que había hecho de la plaza de Tarifa, le fuera concedido el premio que señalaba el nuevo decreto de la Real y Militar Orden de San Fernando por las acciones distinguidas. Celebrado el preceptivo juicio abierto y contradictorio, como consecuencia del mismo y después de que también el general Ballesteros evacuase la preceptiva información sobre los hechos, no fue hasta el 30 de noviembre de 1813 cuando Copons obtuvo el diploma honorífico por el que se le concedió finalmente la Gran Cruz de dicha orden con la venera coronada. El mismo diario de operaciones, en el que se relata la defensa del Sitio de Tarifa, fue impreso posteriormente, ya en 1814, en la plaza de Vich, en la imprenta del 1^{er} Ejército español, del que Copons fue su comandante en jefe hasta el mes de marzo de aquel mismo año.

Sin embargo, siendo quizás una de las fuentes primarias más importantes de cuantas se conservan sobre el Sitio de Tarifa, no puede manejarse por sí sola, pues el diario de operaciones no deja de ser un documento que sólo recoge la defensa según una de las partes y está impregnado de la subjetividad de su autor y de noticias que aparentaban ser verdaderas. Para conocer con rigor los hechos que acontecieron en la heroica defensa que se hizo de la plaza y otorgar el mérito a quien realmente es acreedor del mismo, se hacía imprescindible el contrastar este diario y completarlo e incluso corregirlo con otros documentos y testimonios conservados de testigos directos, así como con los diferentes diarios y papeles británicos conservados en la parte que tuvieran en común o pudieran aclarar ciertos pasajes. Con todo, los hechos que se relatan en el conjunto de esta obra se refieren en su mayor parte a los defensores. En virtud de ello, cabría hacer este mismo ejercicio crítico

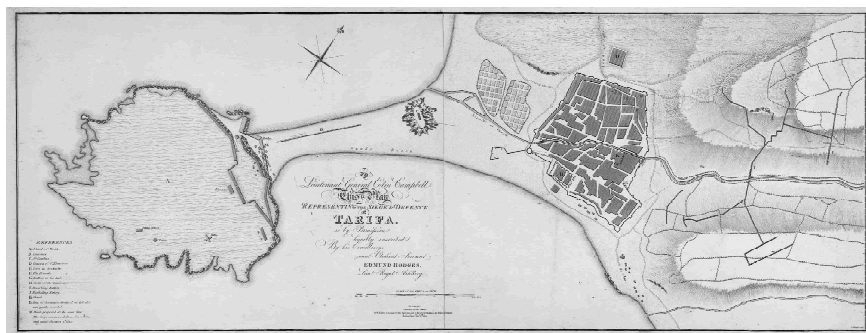


Ilustración 2.- Plano del Sitio y Defensa de Tarifa. Por el teniente de artillería Edmund Hodges. Publicado en Londres en 1812. Ar.G-T.9-C.3-899.

para clarificar las operaciones de las tropas sitiadoras, cuyas fuentes más fiables sólo hemos usado para corroborar hechos cuando entran en contacto con las aliadas y para determinar la veracidad de los relatos, a veces contradictorios según uno u otro bando y que las diferentes fuentes relatan de forma distinta.

En cuanto a la transcripción del diario, que constituye la base de este libro, hemos optado por conservar y no alterar el relato original del mismo, cuyo valor es indudable, corrigiéndolo tan sólo ortográficamente y revisando algunos errores y signos de puntuación para hacerlo más legible. Como aportación del autor se añaden a cada capítulo una serie de notas y comentarios finales que, en gran parte, permiten también una lectura separada y continuada en lo que podría interpretarse como la trastienda del Sitio. Ahora sí, dejamos sentadas las bases para que pueda escribirse la completa y verdadera historia del Sitio y Defensa de Tarifa durante la Guerra de la Independencia.